

1898. El ejército español en Cuba

Miguel ALONSO BAQUER¹

Manuel R. Moreno Fraginals y su hijo José J. Moreno Masó en su libro *Guerra, migración y muerte (El ejército español en Cuba como vía migratoria)* de Ediciones Júcar, Fundación Archivo de Indias (Colombres, Asturias, 1993) le han dado un interesante giro a los estudios sobre la guerra de Cuba. Éstos, en líneas generales, venían apoyándose en un precedente, los *Anales de la guerra de Cuba*, que el ya veterano historiador español Antonio Pirala Criado publicó en tres tomos pletóricos de datos, justamente cuando se acababa de firmar el Tratado de París.

La originalidad del enfoque de Moreno Fraginals, a mi modo de ver, consiste en observar el fenómeno de la presencia militar de España en Cuba durante el último tercio del siglo XIX como un fenómeno de implantación social en sí mismo considerado y no por sus consecuencias políticas. El dato fundamental se expresa en este párrafo.

«Entre 1895 y 1898 España realizó el mayor esfuerzo militar jamás llevado a cabo por una potencia colonial: los 220.285 soldados trasladados a Cuba en cuatro años constituyeron el mayor ejército que cruzara el Atlántico hasta la II Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos se aprestó a la invasión de Europa.»

Moreno Fraginals no se queda en este dato, ni desarrolla su palabra clave —la invasión— una palabra que durante la guerra también fue patrimonio de los cubanos de Máximo Gómez y de Antonio Maceo. La invasión era entendida como un fenómeno militar de guerrilleros capaz de recorrer la isla de Cuba

¹ Instituto Español de Estudios Estratégicos.

hasta la provincia o departamento de Oriente hasta el Extremo Occidente de Pinar del Río. Moreno Fragonals se hace, entre otras estas preguntas:

«¿Cuántos murieron durante la guerra? ¿Cuántos quedaron como inmigrantes? ¿Cuántos peninsulares residentes en Cuba, no militares, fueron movilizados y llevados a la guerra? ¿Y de estos últimos, cuántos murieron y cuántos quedaron como inmigrantes?... ¿Cuántos antiguos soldados de los que pelearon en Cuba regresaron con el gran *boom* inmigratorio de las primeras décadas del siglo xx?»

Las cifras aportadas tras un minucioso análisis documental concluyen en una simplificación, que, por mi parte, podría ser todavía más escueta. Organizada en tres bloques —que engloban cifras no demasiado diferentes entre sí—, la investigación arroja el siguiente balance: las cifras más bajas, corresponden naturalmente a las de *muertos en campaña o por enfermedad* que son, sin embargo, las más dolorosas. Se trata de algo más de 50.000. Las cifras más altas, obviamente, se refieren a los *soldados repatriados*. Se trata de una cantidad superior en unos pocos miles a la de 100.000. Pero las terceras cifras, las intermedias, son asombrosamente altas si se incluyen en ellas los inmigrantes jóvenes que ya estaban en Cuba antes de ser movilizados, los soldados que una vez licenciados en España volvieron a Cuba después de 1898 y —ésta es la sorpresa— los *soldados españoles que nunca regresaron* a la Península a pesar de lo dispuesto en las cláusulas del Tratado de París. La suma de este tercer apartado queda algo por encima en muy pocos miles de la elevada cifra de muertos por todas las causas.

La envergadura de este fenómeno social nunca había trascendido a los textos que de manera genérica podemos denominar de historia de las campañas militares. Así, en primer lugar, fue el caso de la monumental colección de partes de guerra que es, en realidad, la obra en cinco tomos del general Weyler, *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista (1895-1898)* aparecida entre 1910 y 1911. Tampoco señalan el impresionante fenómeno inmigratorio los libros de autor cubano, sean inmediatos a los hechos, como el de José Miró, *Cuba. Crónicas de guerra* (La Habana, 1903) o sean los más recientes, como el de Amado Palenque, *La campaña de invasión* (La Habana, 1988).

Mucho menos datos aún nos ofrecen, en orden al fenómeno social de la implantación en Cuba de soldados españoles, los testimonios de autor español marcados por las vivencias de las operaciones en campaña, tales como el del teniente coronel Severo Gómez Núñez, *La guerra hispanoamericana. Santiago de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. (Madrid, 1902). Sólo la obra reciente de la investigadora Blanca Sánchez Alonso en *Las causas de la emigración*

española (1880-1930), publicado en Madrid (1995), apunta conclusiones paralelas a las documentadas por Moreno Fragnals y Moreno Masó.

Para explicar el endémico olvido del importante fenómeno social de origen castrense al que nos estamos refiriendo puede alegarse que una cosa es reflexionar sobre los errores y los aciertos en el empleo táctico o logístico de los efectivos navales o militares y otra extraer consecuencias sociológicas. Lo primero —la reflexión de carácter bélico— cada vez interesa menos, incluso a los especialistas militares. Es una servidumbre que se deriva de los inexorables cambios en las tecnologías aplicadas a los combates y a las batallas. A casi nadie le importa deducir enseñanzas sobre el tipo de conducción de operaciones en tierra que, por una parte, ejercieron en Cuba desde 1895 los Capitanes Generales Arsenio Martínez Campos, Valeriano Weyler y Ramón Blanco y, por otra parte, en el escenario filipino desde 1890 el mismo Weyler, el propio Blanco, Camilo Polavieja, Fernando Primo de Rivera y Basilio Agustí. Y otro tanto cabe decir, con matices diferenciales, acerca de los azarosos desplazamientos por las aguas en 1898 de las tres escuadras hispanas, la del almirante Cervera, la del almirante Montojo y la del almirante Cámara, respectivamente, por las rutas del Caribe, del Pacífico y del Mediterráneo.

El único problema seriamente estratégico que ha merecido la atención de los historiadores —aparte del incidental de la voladura del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana, que un análisis de Guillermo G. Calleja en *La explosión del Maine* (Revista, Historia 16, núm. 176) atribuye a cubanos incontrolados, que nada tenían que ver con quienes combatían a las órdenes de Máximo Gómez, por cuanto estaban afincados en los Estados Unidos —es el de la escuadra del almirante Cervera. Se trata de un problema estratégico que se ha concentrado en estas dos cuestiones: ¿debió ir al Caribe? ¿Debió salir del puerto abrigado de Santiago de Cuba?

Esta cuestión estratégica es, exactamente, el asunto que menos tiene que ver con el problema demográfico apuntado por Moreno Fragnals. Pero éste y no otro es el estado de la cuestión. El trabajo de César del Pino *La acción naval de Santiago de Cuba* (La Habana, 1988) constituye un intento de corrección del testimonio de un actor cualificado, Víctor Concas y Palau, *La escuadra del almirante Cervera*, que había sido reeditado en Madrid (1967). En la opinión de los lectores la cuestión sigue donde la dejó una reconstrucción literaria que popularizaron en 1971 en *Héroes de Cuba* Ignacio Fernández de la Reguera y Susana March.

Y es que el tema del 98 —en la realidad histórica, una guerra compleja a la que se sumaron los Estados Unidos de América cuando se creyó que la fruta estaba madura— sigue pareciendo a la mayoría de los lectores un tema tan civil como civilista, tan económico como social y —consiguientemente— un tema sólo tangencialmente político y marginalmente militar. Lo ha mostra-

do un cálculo que sobre títulos de textos que Mariano Cuesta Domingo incluye en su aportación al Curso de Verano de la Universidad Complutense: *1895. La guerra de Cuba y la España de la Restauración*:

«¿Qué sucede historiográficamente con el 98? De los 140.000 títulos registrados, solamente 136 se centran en diversos temas de la Historia de Cuba y, de ellos muy pocos son los que dedican su esfuerzo a la pérdida de la Colonia o a la independencia de Cuba.»

Si esto es lo que ofrece la estadística cuidadosamente laborada por Cuesta Domingo —que incluye revistas especializadas de carácter militar o naval— ¿qué no diremos del abandono del análisis de las operaciones en tierra o en la mar? El breve capítulo que les dedicó en su día Carlos Martínez Campos en *España bélica. Siglo XIX* (Aguilar, Madrid, 1961) se ha convertido, en la práctica, en el último estudio específicamente militar que se ha dado a conocer desde hace unas cuatro décadas. Se trata, únicamente, de una narración aceptablemente ordenada de episodios bélicos donde no se pone en cuestión ningún problema de contenido político social.

No siempre había sido así cuando de la historia de una guerra se trataba. Porque, en definitiva, lo que hubo en Cuba entre en 1895 y 1898 —entre el Grito de Baire y el Tratado de París— fue una verdadera guerra. En Cuba, la guerra reunía complejidades mucho mayores que la guerra apenas formalizada, que tenía lugar en Filipinas desde años antes de mediados del 98, que es cuando entraron en guerra los Estados Unidos.

Quien pasa justamente por ser el padre fundador de la historia política, social, económica y militar en una pieza, Tucídides, cuatro siglos antes de Cristo, ya había demostrado, de una vez para siempre, que nada definitivo se aprende de las vivencias de una guerra si no se articulan debidamente las ideas (o los propósitos) con los hechos (o los comportamientos). Tucídides dedicó, alternativamente, las páginas de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* a precisar lo que se proponían los dirigentes políticos y sociales y a narrar lo que les ocurría a los estrategas y a mandos militares. Tucídides se cuidó de los discursos de los políticos tanto, pero no más, de lo que se ocupó de los combates de los soldados.

La historia militar de la guerra de Cuba —más aún que la de Filipinas— ha quedado sumergida en otra cuestión evidentemente de mayor fondo. Es el resultado de los libros que adjudicamos a la llamada «generación del 98». ¡No hay un 98 de los que fueron a la guerra equivalente en interés a *El 98 de los que no fueron a la guerra!* —podríamos decir, remedando un título de Santiago Galindo Herrero, que ya cuenta con cerca de cuarenta años de antigüedad.

Las reflexiones, literariamente estéticas y culturalmente certeras, sobre la crisis española de 1898 circula por separado de las informaciones, menos estéticas y quizás menos certeras, sobre los efectivos comportamientos de las unidades de tierra y de mar. No se está produciendo, como se evidenciaba en la obra maestra del gran Tucídides, ese constante ir y venir de las decisiones tomadas a partir del conocimiento de los resultados tácticos de los combates. Nadie reitera entre nosotros la espectacular prisa del primer corredor helénico del Maratón que llevó a Atenas la noticia de un acontecimiento militar, quizás para impedir que se tomara una resolución equivocada.

Si hoy tuviéramos que reconstruir cuanto consideramos verdadero en torno al tema central de estas anotaciones —1898. *El ejército español en Cuba*— nos encontraríamos con dos series muy desiguales de documentos. Una, muy breve y de difícil lectura, hoy apenas renovada, que se acogería al rótulo «sobre las operaciones militares» y otra, muy extensa y siempre en fase de crecimiento, que se centraría «sobre los efectos en la sociedad española de la repatriación de los soldados». En definitiva, por un lado, tendríamos una base envejecida de testimonios que hablan del Ejército Español en Cuba o en Filipinas (hasta el 98) y por otro, una base abierta de escritos críticos o polémicos que hablan, más bien, del Ejército Español en España (desde el 98).

La obra citada de Moreno Fragnals y de Moreno Masó había abierto un puente entre las dos desiguales tendencias de los estudiosos. Se ocupaba de los efectos demográficos en Cuba del fenómeno de la continuada presencia militar española en la isla que, con toda razón, era calificada la «perla del Caribe». Y me parece muy importante el salto sobre el anterior vacío, porque nos obliga a reflexionar sobre el género de vida que durante las operaciones militares hizo posible la imbricación del sector militar o militarizado de la sociedad española en el pleno de la sociedad cubana. Pero, insisto, aquella realidad que fueron las guerras ultramarinas tiene que ser de nuevo estudiada a partir de lo que realmente ocurrió, que fue el estallido de un conflicto armado, sometido al violento choque de unas estrategias en curso.

El prestigio de la obra de Tucídides, siempre reconocido y hasta ahora magnificado por el pensamiento anglosajón desde las traducciones de T. Hobbes hasta las alusiones de A. Toynbee, le viene del cuidado por los hechos verdaderamente dados que —no hay necesidad de repetirlo— eran en Cuba unas expediciones militares, unas invasiones de territorios, unas batallas campales y finalmente navales y, en definitiva, unas acciones casi siempre por sorpresa que se aplicaron rigurosamente para respaldar una intencionalidad política.